



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 76 – 4 de Diciembre de 2015

En este número

1. 12 tesis sobre la hegemonía de la izquierda en España, *José Vicente Pascual*
2. Islam y barbarie: lo peor está por venir, *Guillaume Faye*

12 tesis sobre la hegemonía de la izquierda en España

José Vicente Pascual

...el fracaso de la política idealista no se debe a la propia incapacidad ni a las intrigas de los enemigos, sino a la «contradicción misma» del propósito idealista.... [la política realista] es «política de realización» [a partir] de jugosos ideales concretos, extraídos de las cosas, ideales que se encuentran en la realidad, no en nuestras cabezas.

José Ortega y Gasset. *La rebelión de las masas*

La izquierda siempre ha desconfiado de las naciones y de la identidad nacional. Ellos consideran que la escalada de la inmigración puede debilitar extremadamente los marcos nacionales, incluso puede acabar con ellos, y así el objetivo imprevisible de largo plazo histórico de la izquierda se cumpliría también.

Viktor Orbán, presidente de Hungría
Discurso del 25/07/2015
Universidad Abierta de Verano - Tusnádfürdő

1. Únicamente interesará esta caracterización de la hegemonía cultural (y política) de la izquierda en España, a quien nunca haya pensado el fenómeno desde el punto de vista que aquí se expone. Y concitará acuerdo, o relativo acuerdo, de aquellos que, reconociendo adecuado dicho punto de vista, coincidan también en la necesidad de impugnar en su totalidad el legado ideológico sostenido y acrecido durante los últimos cincuenta años por la izquierda española y, en realidad, por el conjunto de las fuerzas políticas y corrientes culturales que han ejercido influencia decisiva en nuestra sociedad y su ideario dominante. Va de suyo que, además, únicamente interesarán estas líneas a quienes no sólo aprecien conformidad en lo expuesto sino que, además, prevean necesaria una reversión epistemológica radical, la cual es posible describir en el ámbito de las ideas y a partir de elementos ideales del presente, pero absolutamente imposible en el actual imperio de lo real, la determinación de fuerzas en contradicción y los vínculos tensionados de estas fuerzas con los aparatos de Estado, tanto ideológicos como coercitivos. Este artículo, por tanto, no es una invitación a la contemplación pero tampoco es una propuesta de acción. Su sentido se restringe a la concreta (aunque insuficiente) capacidad para la caracterización del entorno; pues sólo se puede conjeturar sobre la transformación de lo real cuando su caracterización es adecuada.

2. Esta caracterización a la que nos referimos parte de un enunciado propositivo que en adelante se reputará como evidencia: la sociedad española contemporánea, en todas sus estructuras y categorías, tanto en los niveles institucionales como en los segmentos de interacción de la ciudadanía, es por completo el resultado, y por tanto el legado, de la política de la izquierda; bien entendido que como «política de la izquierda» se señalan tanto las acciones de gobierno como la inercia administrativo-institucional, así como la configuración del entramado de relaciones sociales y, probablemente lo más decisivo, la consolidación del ideario común sobre un consenso inamovible que se articula en base a enunciados culturales-ideológicos de la izquierda.

3. Las actuales disensiones en el espectro político-organizativo de la izquierda, con el surgimiento de nuevas opciones radicalizadas, enfrentadas a las siglas tradicionales de la socialdemocracia y el comunismo, no responden a una disfunción fundamental en la dialéctica teoría-práctica de esa misma izquierda, sino a un debate extremo, en condiciones que llegaron a ser extremas a raíz de la crisis económica de 2008, sobre el modo de gestionar la hegemonía y el método de distribución de los beneficios deducidos a partir de dicha hegemonía. El fracaso de las políticas concretas del último gobierno socialista, determinado por la crisis, no supuso el fracaso del modelo sino de la manera de administrarlo y desarrollarlo históricamente. La acción y proyección estratégica de los ejecutivos de José Luis R. Zapatero, de no haberse visto truncadas por la urgencia sin retorno de la crisis, habrían conducido necesariamente al mismo momento de expresión y realización de la hegemonía de la izquierda en que nos encontramos.



4. Esta hegemonía de la izquierda tiene un momento de aparición reconocible en el pasado reciente de nuestra sociedad, en el cual convergen dos fenómenos subrayables por su posterior evolución y consecuencias históricas: la renuncia del régimen del general Franco (el mal llamado «franquismo») a pertrecharse ideológicamente y mucho menos desarrollar un cuerpo teórico en pugna con la visión de la historia mecanicista-materialista del marxismo y sus principales organizaciones, entregando a «los tecnócratas» la gestión de los intereses públicos y de la actividad normalizada de las instituciones; por otra parte, y este es un elemento de igual o acaso mayor importancia, la reformulación de la oposición comunista al Régimen, mediante el Manifiesto de 1956 sobre la «política de reconciliación nacional», confirmada como línea oficial del partido en el Congreso de 1960. Ambos hitos entran en escena a mediados de los años 50 del siglo pasado. Dos décadas más tarde, habrán marcado irrevocablemente el devenir de la reciente historia de España.

5. El «franquismo» fue un sistema político sin ideología propia. En un principio, sobre todo durante la guerra civil, convergían en la exaltación del Caudillo segmentos amalgamados de la derecha: militares, falangistas, tradicionalistas, cedistas y una gran masa sin adscripción concreta cuyo único referente sólido eran sus vínculos devocionales con la Iglesia Católica. La teorización más elaborada sobre «la nueva España» (el nuevo Estado Corporativo), provenía de FE-JONS y su icónico líder José Antonio Primo de Rivera. Sin embargo, el análisis falangista y su propuesta política son desarticulados mediante el Decreto de Unificación con la Comunión Tradicionalista. El falangismo, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, pasa a integrar el

aparato folclórico del Estado (OJE, Sección Femenina), al tiempo que se consolida como pintoresca reserva espiritual en los ámbitos de lo puramente estético. La ideología oficial del Régimen, expresada en las Leyes Fundamentales del Reino, insiste en una predeterminación en torno a conceptos simples: la unidad de España, la paz social, la sustitución de los partidos políticos por la representación «orgánica» de la sociedad en las Cortes, la función suprema del caudillaje, el progreso de las clases trabajadoras y su promoción al nivel de las emergentes clases medias, el anticomunismo y antiliberalismo, etc. En cuanto a las demás facetas del desarrollo cotidiano, sobra con la orientación práctico-moral de la doctrina social de la Iglesia. Cuando, a partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia católica retira paulatina y ordenadamente su apoyo al Régimen, al tiempo que amplios sectores profesionales y empresariales abogan por el restablecimiento de la libertad política, el franquismo, como sistema de poder, queda tocado en su línea de flotación, condenado históricamente e inerme ideológicamente.

6. Por el contrario, y como efecto inverso, la «política de reconciliación nacional» propugnada por el PCE se convierte en un éxito absoluto, posiblemente el mayor logro en el terreno de las ideas a lo largo de su historia. Concurren a la formulación sobre la necesidad de reconciliación no sólo las organizaciones obreras y sindicales sino agentes de todas las clases y sectores sociales. La reconciliación, tras la muerte de Franco (1975), es la única ideología oficial posible. La asumieron el presidente Suárez y su partido, la UCD, primeros vencedores en una elecciones generales con garantías formales para considerarse democráticas; igualmente hicieron los socialdemócratas y la derecha liberal (AP-PP), en las legislaturas en que se han ido turnando en el poder. También los nacionalismos periféricos, sobre todo el vasco y el catalán, aceptaron en principio y hasta hace pocos años esta necesidad de integración y consenso, antídoto contra el desmembramiento social y la exacerbación de la lucha de clases como único escenario sustitutivo. La reconciliación como referencia ideológica y como motor de transformación de la sociedad española ha sido hasta el período 2008-2014 el único valor puesto en práctica, formalizado y solemnizado en nuestra Constitución de 1978; e indudablemente, el único posible.

7. Paradójicamente, es el Régimen bonapartista del general Franco quien sienta las bases históricas, durables, de la supremacía cultural y política de la izquierda. Por una parte, el reclamo incesante de libertades políticas, durante varias décadas, se convierte en reivindicación exclusiva de la izquierda, lo que genera una inercia, hasta nuestros días, de identificación mimética: izquierda=libertad; derecha=dictadura. Por más esfuerzos que la derecha liberal española haya realizado para reivindicar su adscripción a las corrientes democráticas históricas en el ámbito internacional y europeo, siempre permanece esta «sospecha», indeleble para cierta y pueril «memoria colectiva», bien alentada por la izquierda, concedora del fenómeno y sabedora del provecho que le genera. De otra parte, y ciñendonos al terreno de «lo social», los innegable avances del «franquismo» que condujeron a la democratización de la riqueza y consolidación de unas clases medias económicamente fortalecidas, trazan un «nivel» de bienestar y universalización de servicios públicos que, en el tiempo presente, la izquierda defiende con tenacidad, como cosa suya, ante la progresiva degradación de estas prestaciones sociales tan comunes y normales en la época «franquista». La enseñanza universal y gratuita (incluidos los estudios universitarios), la política de becas-salario en este nivel educativo, la sanidad pública, el seguro de desempleo, las condiciones laborales dignas (tanto en retribución como en «calidad de contrato»), el sistema de pensiones, la popularización de la vivienda de protección oficial, la propiedad estatal de sectores estratégicos de nuestra economía, el control de precios sobre artículos básicos... Son reivindicaciones actuales de la izquierda que en época del «franquismo» tenían plena vigencia. Va de suyo que el anhelo legítimo de libertad y la consideración de los avances sociales como «conquistas irrenunciables» de los trabajadores, convierte a nuestra sociedad en un entramado vocacionalmente de izquierdas. Sería materia de análisis aparte argumentar cómo la izquierda, en especial la socialdemocracia, consiguió desmontar la mayoría de los elementos estructurales económicos del «franquismo» («intervencionistas»), y salir indemne en su presunción de representante genuina de los

intereses populares. Sólo cabe, por ahora, adelantar una observación sobre este punto: la figura mesiánica, populista, arrolladora del líder Felipe González en los primeros años de gobierno de la izquierda, aseguró esta transición económica sin mayores quebrantos para la izquierda y su presunción de defensora de las clases trabajadoras. Cuando González, en 1979, afirmaba que «hay que ser socialistas antes que marxistas», en realidad formulaba una convicción de hondo recorrido en la socialdemocracia europea: «Hay que ser liberales antes que intervencionistas». De ahí a la reconversión industrial de España y la desarticulación de las estructuras económicas del «franquismo», a partir de 1982, el camino quedaba expedito.

8. La izquierda «moderna», en la actualidad, ha efectuado por la vía de los hechos una doble renuncia programática y estratégica que desnaturaliza y, en lo básico, desarticula su razón de ser en la historia. Sin embargo, ha mostrado habilidad para suplantar aquellos principios, ya abandonados, por otros pertenecientes a la superficie coyuntural, los cuales actúan con la misma eficacia propagandística ante las masas. Aquellos elementos sobre los que existe informal aunque evidente renuncia, son:

- La consideración de la lucha de clases como motor de progreso en el devenir histórico.
- La renuncia a sustituir, en lo esencial, los mecanismos de la «economía de mercado» por una economía planificada.

Parece innegable que esta doble renuncia se lleva a cabo ante el aparatoso fracaso de los modelos «socialistas» en los países de la órbita soviética y similares, tanto en Europa como en Asia y Sudamérica. Las atrocidades del stalinismo y la miseria moral y económica del llamado «socialismo realmente existente» no dejó otro margen a la izquierda europea (y española) en estos dos ámbitos decisivos de su ideario.

Sin embargo, la suplantación de «valores» se produce paulatinamente y contando con un aliado estratégico fundamental: la pequeña burguesía urbana, una clase social muy activa



políticamente, muy inquieta socialmente, hiperinformada, lábil en cuanto a sus posicionamientos tácticos, incapacitada como sector social con remotas pretensiones de estabilidad, dispersa y a menudo contradictoria en cuanto a sus intereses, tanto inmediatos como a largo plazo, por cuanto la pequeña burguesía no es en sí una clase social sino una amalgama de sectores con frecuencia transitorios y con expectativas históricas de bajo nivel. La habilidad de la izquierda ha consistido en rebajar la «fuerza» de sus enunciados estratégicos para sustituirlos por un permanente tacticismo, adaptado a la flaqueza del ensueño pequeño burgués sobre «una sociedad feliz».

9. El discurso ideológico esencial de la izquierda, actualmente y desde hace aproximadamente una década, se centra en la revisión y reescritura de la historia. Este elemento, de muy feliz hallazgo para sus intereses, le garantiza una permanente diferenciación en el debate respecto a la derecha (en tanto que sobre los modelos de gestión de la sociedad presente no existe semejante disparidad). La Ley de Memoria Histórica fija el principal aunque no exclusivo cuerpo teórico de esta pretensión, la cual, asimismo, se apoya en la adhesión mayoritaria de la pequeña burguesía urbana a doctrinarismos buenistas y revisionistas. La izquierda no ignora que todas las sociedades civilizadas (en realidad cualquier civilización o sociedad establecida y sujeta al imperio de la ley), encuentran siempre su referente fundacional en un acto o período de abierta

violencia. De tal manera, la guerra civil española y su permanente evocación/revisión aporta dos enunciados fundamentales para la izquierda: la ilegitimidad de la derecha, «heredera» del bando vencedor en la contienda (así como, si fuera preciso, la impugnación de la monarquía, instaurada por la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado de 1947); y la reivindicación de esa misma izquierda como única legataria legítima de los principios democráticos, cuya formulación legal fue por completo anulada tras la guerra civil. Hasta la irrupción de la «memoria histórica» y su exacerbada reivindicación revisionista de la historia, el hecho fundacional del sistema democrático español se deducía de la Transición (1975-1978), refrendado masivamente en las urnas y expresado en la Constitución vigente. Agotado el modelo ideológico (o en vías de agotarse), la izquierda da más alcance a su propia aspiración histórica y se re-establece como única fuerza democrática desde abril de 1931. La falacia histórica de una República escrupulosa con los derechos de los ciudadanos y en vela permanente por la convivencia democrática, y de una izquierda leal y ejemplarmente defensora de la legalidad republicana, sustituye como discurso oficial a la languidecida «teoría de la reconciliación»; lo que demuestra, por otra parte, el carácter coyuntural, táctico, especulador, de aquel planteamiento que tan excelentes resultados dio, en su día, al comunismo y la izquierda en general. Restablecer el ensueño de una República edénica, entregada al bienestar de candorosas masas de trabajadores, a su vez pacíficamente organizados en altruistas partidos y sindicatos «de clase», significa la distorsión hasta el disparate de la verdad histórica; y lo más grave: afirmar como modélica una situación histórica manipulada por fuerzas irresponsables y agresivas, utilizada a beneficio propio por políticos oportunistas, jaleada por masas embrutecidas, que desembocó, irremediabilmente, en crudelísima guerra civil. Para el nuevo discurso de la izquierda, la lamentable, terrible guerra civil española, no fue la tragedia que cierra sin cauterizar (habría que esperar a la «normalización» de 1978) la gran crisis española del siglo XX. Para la izquierda, hoy, la guerra civil fue «un accidente» del que culpan a unos militares golpistas y que interrumpió por unas décadas su proyecto de sociedad, actualmente de nuevo en marcha y publicitado como irreprochable. Revisar y reescribir la historia hasta ese extremo, haciendo tabla rasa del pasado y eliminando la validez de los soportes de convivencia desde 1975 a nuestros días, tiene una inmediata consecuencia: forzar el posicionamiento de la sociedad española hasta el mismo lugar de confrontación (de momento sólo ideológica), del período 1931-1936.

10. La renuncia estratégica a considerar la lucha de clases como elemento de superación de las contradicciones históricas y de progreso de la humanidad (proletariado/burguesía como agentes centrales, no únicos), ha obligado a la izquierda a sustituir el articulado social de «las clases» por el coyuntural de los «sectores sociales», grupos de afinidad, «colectivos», etc. De tal forma, la reivindicación global se dispersa en cientos de reivindicaciones sectoriales, pierde la fuerza de su núcleo enunciador y se transforma en pura ideología (en la medida en que cada colectivo tiene su propia visión del mundo, su «falsa conciencia» sobre la realidad). De nuevo paradójicamente, esta reversión en los principios ha actuado a beneficio de la presencia y vigencia del discurso de la izquierda, toda vez que los segmentos en estado de reivindicación permanente se comportan siempre como lo que son: intachables exponentes de la inquietud pequeño burguesa; se manifiestan, por tanto, afanosos y pertinaces, incansables, reiterativos, insaciables en su pretensión de supremacía. La poderosa conceptualización del proletariado como sujeto y vanguardia de la revolución queda así suplantada por «la histeria de los pequeño-burgueses horrorizados por las atrocidades del capitalismo». El estado perpetuo de agitación y el ruido inacabable de la queja quedan de esta forma garantizados, y la izquierda, en correspondencia, se ve obligada a sobrevivir y perpetuarse en un estado continuo de convulsión, en constante polémica y diatriba contra unos enemigos ideológicos que, en multitud de ocasiones y a falta de oponente real, se ve en la necesidad de inventar. El activismo de izquierdas, en consecuencia, ha desarrollado en los últimos años «instinto de perro cazador»; en ausencia de debate real sobre elementos realmente importantes, busca obsesivamente puntos de fricción para rebatirlos e incendiar aún más el ya de por sí recalentado ideario de «sus colectivos». Como «territorio de venteo», la iglesia católica ocupa el primer lugar, llegando la denigración a lo paroxístico. Observando el fenómeno con un poco de perspectiva histórica,

caemos en la cuenta de lo mal pagada y mal agradecida que queda la iglesia por parte de aquella izquierda a la que apoyaba formal o abiertamente hace unas décadas. *Roma traditoribus non praemiatur.*

11. La nación y la identidad nacional son conceptos históricamente abominados por la izquierda. La nación, invento burgués, y la soberanía nacional, expresión de derecho público de esa realidad, se oponían en el ideario primitivo de la izquierda tradicional al principio de «internacionalismo proletario», y en consecuencia se refutaban como reaccionarios, «alienantes», antipopulares, etc. Como rémora ideológica en la inercia autoliquidadora de esa misma izquierda, la nación, la soberanía nacional y los derechos concretos de los ciudadanos que la ejercen se consideran, hoy, enemigos de la solidaridad, la bondad y los derechos de «los pueblos» y «las nacionalidades oprimidas». Los fenómenos de la inmigración masiva, la suplantación de los valores propios por los de «civilizaciones distintas», implantados por la fuerza del hecho migracional, así como el secesionismo regional en países de economía desarrollada, son en general considerados factores positivos por la izquierda, la cual, una vez liquidada a sí misma en lo principal de su base teórica, busca su puesta en valor como redentora

única de la humanidad en la disolución de cualquier identidad que no sea la suya propia; es decir: en la nada. La izquierda apoya sin reservas la inmigración indiscriminada y el separatismo quejoso de las burguesías periféricas en base a argumentos pueriles y de una ruinosa irresponsabilidad, tales como la necesidad de «un mundo sin fronteras» en el que «nadie es ilegal», etc. Argumentos pueriles e irresponsables dirigidos a una masa de potenciales



votantes identificados con la puerilidad e irresponsabilidad propias de su condición social: la ya mencionada pequeña burguesía urbana y sectores sociales adyacentes. En definitiva, la izquierda no tiene un proyecto concreto de sociedad (mucho menos de nación); impetra su derecho al poder para gestionar buenamente, como mejor convenga y según sus luces, la realidad conforme «vaya surgiendo». La izquierda necesita el poder porque fuera de él no tiene sentido, carece de discurso estratégico y de pertrecho ideológico para mantener la expectativa leal a largo plazo de quienes confían en ella. De ahí que los nuevos movimientos radicales enfrentados a la izquierda tradicional se propugnen como agentes para el cambio inmediato, sin espera ni prolongada planificación de asedio al poder. Son movimientos abocados al «todo o nada».

12. A modo de conclusión, parece razonable mantener que la realidad actual de la izquierda en España se caracteriza en el siguiente enunciado:

Una izquierda que ha dejado de ser de izquierdas se postula como recambio a la gestión del sistema (dejando intactas las bases del mismo sistema), bajo promesa de hacerlo funcionar de manera no lesiva e incluso favorable a los intereses materiales e ideológicos de la pequeña burguesía urbana y otros sectores sociales afines. Para alcanzar su objetivo, recaba el «pacto histórico» con esta subclase social y con los colectivos «oprimidos» en perpetuo estado de queja.

La hegemonía ideológica y política están garantizadas por cuanto estos sectores son hoy mayoritarios en las sociedades económicamente desarrolladas, y desde luego en España.

Cómo la recuperación de la confianza de los sectores instalados y activos en el núcleo productivo, la clase obrera fundamentalmente, es elemento y requisito imprescindible para quebrar esta hegemonía-dictadura de la pequeña burguesía, resulta materia merecedora de capítulo aparte.

Tomado de *El Manifiesto*

Islam y barbarie: lo peor está por venir

Guillaume Faye

El surgimiento de ese monstruo político, militar y religioso que es el Estado Islámico en Siria y en Irak (el llamado Califato o «Daesch» en árabe) no es más que el último episodio de una ofensiva en todo el mundo de un Islam que vuelve a sus orígenes, que regresa para mejor progresar. Al igual que las erupciones solares y los volcanes dormidos, el Islam (sobre todo sunita, es decir original) ha entrado en una fase de despertar, es decir de vuelta a su verdadera naturaleza que es totalitaria, conquistadora, intolerante y violenta.

¿Verdadero o falso Islam?

En todas partes la tensión sube: jóvenes franceses fanatizados se enrolan en las filas del Estado Islámico, ataques de Hamas en Israel, talibanes afganos cometiendo atentados, masacres de no musulmanes perpetrados en Nigeria y en Kenia, caos terrorista diario en Bagdad, bandas armadas que asolan a Libia y al África sahariana, etc... La lista es interminable. El 90 % de las guerras civiles, enfrentamientos armados y atentados terroristas en el mundo tienen como denominador común al Islam. ¿Simple coincidencia?

Frente a esas atrocidades (sobre todo las del EI), a esa barbarie sin nombre, a este salvajismo bestial, hay que hacerse algunas preguntas. No basta con decir: «Todo esto se comete en nombre



del Islam, pero... ¿no es el Islam, no el verdadero Islam!», según la versión oficial políticamente correcta incesantemente repetida. ¿Quién se puede creer eso?

Imaginemos que se masacra masivamente a gente en el mundo, que se fomente a gran escala guerras civiles en nombre del budismo, del cristianismo, del judaísmo, del taoísmo o de cualquier otro «ismo». Nos haríamos legítimamente algunas

preguntas. ¿O no? Se asesina, se mata, se masacra, se tortura, se saquea, se incendia, se destruye, se viola, se ponen bombas, en breve: se hace correr la sangre a chorros... en nombre de Alá el misericordioso y de su simpático profeta, ¿y no habría ninguna relación de causa a efecto? Es cuanto menos extraño y singular, ¿verdad?

Hay que acabar con esta gigantesca hipocresía del «¡No se trata del verdadero Islam!». Pues se trata en realidad del retorno del verdadero Islam, tal como fue practicado en sus orígenes por Mahoma y sus sucesores. Esta increíble indulgencia, cegada por la ingenuidad de las élites

occidentales hacia esos crímenes perpetrados en nombre del Islam (en realidad: por el Islam) se parece, en peor, a la indulgencia que se manifestó en su tiempo por los crímenes masivos del comunismo estaliniano, maoísta, albanés, camboyano... No era el comunismo el culpable, sino que era una «deriva»... Siempre el mismo sofisma.

Como está demostrado más allá de toda duda, las violencias y las ejecuciones sanguinarias, las masacres de poblaciones civiles consideradas infieles, entre ellas los chiítas, la muerte reservada a los apóstatas, los saqueos, etc., son una obligación para todos los musulmanes que actúan de acuerdo a la *Sharia*. Las crucifixiones, practicadas a diario por el Califato en Siria e Irak corresponden plenamente a un castigo perfectamente en regla con el Islam (*Sura 5*, versículo 33). Muchos otros versículos abundan en esa dirección.

Debilidad intrínseca del Islam «moderado»

Existen en sectores de la opinión pública esclarecida y culta de distintos países musulmanes fracciones de la población que rechazan horrorizados el Islam radical. Pero es el árbol que esconde el bosque. Ciertamente, los musulmanes luchan entre sí y existen muchos «musulmanes moderados» antiislamistas. En Egipto, el mariscal presidente Abdel Fattah al-Sissi está erradicando a los Hermanos Musulmanes. Los regímenes de varios países musulmanes luchan contra el islamismo. Estas observaciones deben ser matizadas por dos hechos: en primer lugar, hay vuelcos de situación totalmente espectaculares, como por ejemplo los militares iraquíes del antiguo ejército de Sadam Husein, salidos del partido laico *Baas*, que ahora forman los cuadros del ejército fanatizado del Califato, el Estado Islámico en Siria e Irak. Después, en todo el mundo musulmán y hasta en Francia, se asiste a una subida de la radicalización extremadamente preocupante. En silencio se aprueban las bárbaras brutalidades del Califato, o incluso cada vez más abiertamente. Es el síndrome del estadio de fútbol: los jugadores son pocos, pero en las tribunas los hinchas son innumerables.

Y no hablemos del doble juego de Arabia Saudita y del régimen turco del sátrapa Erdogan. Los regímenes que luchan contra el islamismo y sus facciones terroristas no lo hacen por convicción ni por ideal, sino para preservar su poder de casta en la cumbre del Estado. Los que están a su mando pueden fácilmente volverse en contra en cualquier momento.

Las razones de este fácil vuelco de los espíritus y de la radicalización se encuentran en la propia naturaleza del Islam, en el corazón del Corán. Se puede perfectamente tener una interpretación violenta y fanática del cristianismo. Ese fue, hasta la Inquisición, a veces el caso en la historia, aunque muy raramente. Pero es imposible encontrar en el Nuevo Testamento textos que incitan a la violencia y a la intolerancia. Estas interpretaciones del cristianismo son fácilmente recusables y asimilables a unas derivas cismáticas. Pasa lo contrario con el Islam en que la interpretación tolerante es lo que puede ser acusado de cismático.

En efecto, el Corán y los *hádices* y la jurisprudencia desde hace siglos validan explícitamente la intolerancia y la violencia. Luego, no hay distancia entre los comportamientos bárbaros a los que asistimos y la enseñanza religiosa y su prolongación jurídica. La cristiana pakistaní Asia Bibi (que está en el «pasillo de la muerte»), acusada sin pruebas de blasfemias por los tribunales oficiales de su país miembro de la ONU, no parece conmover a los Occidentales. Todos los países que aplican poco o mucho la ley islámica, violan permanentemente la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pero preferimos diabolizar a Putin o a los israelíes.

Extensión del terreno de las metástasis

Con el nacimiento de este Califato EI, acabamos de asistir a un precedente extremadamente grave con un fuerte poder de fascinación sobre todo el mundo musulmán. El EI dispone de un vasto territorio, de un ejército y de enormes recursos económicos. Aunque acabara por ser vencido (no es cosa segura) hace soñar, da ejemplo, concita la admiración y atrae a numerosos voluntarios de todo el mundo. La responsabilidad norteamericana es aplastante con la diplomacia y el belicismo infantiles de Washington que han incendiado al Próximo Oriente

desde el año 2003. Pero sin todo eso, el caos también hubiera acabado por instalarse en la región.

Podemos apostar, sin arriesgarnos a equivocarnos, que los movimientos armados como el Estado Islámico se van a multiplicar en todas partes como metástasis. Eso ya ha empezado. Pero lo más inquietante, es que Estados como Pakistán (que dispone de un arsenal nuclear) pueden radicalizarse. El siglo XXI será inevitablemente el siglo del enfrentamiento global con el Islam.

Es muy difícil y poco creíble el explicar a un musulmán o a un converso que no hay que tomar al pie de la letra las numerosas *suras* del Corán que llaman explícitamente a la *yihad*, sino que hay



que «reinterpretarlas» en un sentido humanista. El problema del Islam es que todo está en su genética, en su software fundador, en su ADN. Su mensaje, su ideología, son muy claros y su dinámica expansiva también. En historia ocurre como en química celular: hay programas.

En Europa Occidental, y particularmente en Francia, la agitación del Próximo Oriente va a tener ineludiblemente efectos de radicalización sobre una población joven musulmana en pleno

crecimiento demográfico. Este fenómeno tendrá dos consecuencias: las reivindicaciones de islamización de trozos enteros de territorio con la capitulación de las autoridades (en eso estamos ya), y la multiplicación de disturbios, de violencias, de actos terroristas. Todavía no hemos visto nada en comparación de lo que está por venir. Por lo menos, esas hipótesis más que probables provocarán un despertar de los europeos y su toma de consciencia de que son agredidos en su propia tierra.

Amenazas en Francia

Las autoridades blandas que nos gobiernan en Francia han puesto en marcha mecanismos de «vigilancia» para detectar a los jóvenes que caen en el fanatismo islamista. Cerca de 2.000 (entre ellos muchos conversos) han ido a combatir en Siria, o mejor dicho a perpetrar masacres. Se hace otro tanto, sin éxito, en las prisiones, para contrarrestar el proselitismo (el 60 % de los internos son musulmanes) donde las propagandas se intensifica, paralelamente con Internet. Pero nos ocupamos de la consecuencia, no de la causa. La causa, es el Islam y su enseñanza literal.

Los barrios de la inmigración son explosivos. Se perfilan guerras civiles en el horizonte. El salafismo se propaga en las «*banlieues*» con el apoyo de algunas mezquitas. Por cada red fundamentalista desmantelada, surgen decenas más. La radicalización islámica se propaga en las cárceles, ya que Islam y delincuencia hacen una buena pareja. Y teniendo en cuenta la impunidad judicial actualmente vigente, la represión del Estado francés es poco menos que la picadura de un mosquito.

Pero la islamización de Francia cuenta con sus colaboradores, pagados o *ad honorem*, no sólo en la izquierda que coquetea con el movimiento terrorista Hamás y quiere reconocer unilateralmente el Estado palestino, sino también a esa derecha que sólo reconoce tener dos enemigos: la «islamofobia» y el *Front National*. Sin comentarios.

El problema es el siguiente: en los programas de TV, en todos los medios, nos repiten que hay que distinguir entre «islamismo» e «Islam». Las autoridades musulmanas, gobernadas por la hipocresía, van evidentemente en ese sentido, frotándose las manos.

Regreso a la realidad: el barril de pólvora

Según René Marchand, islamólogo y arabófono, la religión mahometana representa la forma más perfecta de totalitarismo, mucho antes que los movimientos políticos del mismo género del siglo XX. Esta palabra (totalitarismo) no debe ser considerada de manera peyorativa, sino descriptiva. Para los musulmanes, la fe se confunde con la ley. La existencia privada, la vida cívica y política, la vida religiosa, se fusionan en una totalidad. El pensamiento personal no tiene ni libertad ni autonomía según las prescripciones coránicas. El objetivo es la homogeneización de la humanidad en un corsé de sumisión uniforme, autoría, que excluye toda libertad y creatividad. Es por ello que esta visión del mundo, a la vez violenta, intolerante y simplificadora, ha seducido en Europa a una cierta extrema izquierda porque representa (de manera aún más radical) similitudes con el totalitarismo comunista marxista.

El Islam es un barril de pólvora bajo nuestros pies occidentales. En Francia la mecha está incluso encendida. A causa de una inmigración masiva, millones de musulmanes residentes en Europa, y en Francia en particular, están bajo la influencia de un Islam cada día más hostil y agresivo. Los cristianos de Siria y de Irak, perseguidos y lúcidos, nos advierten con su tragedia acerca de lo que nos podría ocurrir si persistimos en nuestra ceguera y nuestra inconsciencia.

No hay una «lectura guerrera del Corán», únicamente hay una lectura del Corán y punto. El Corán es un texto simple, claro y directo, que no se presta a ninguna interpretación turbia o rebuscada. Salvo que se reniegue a sí mismo, el Islam no puede someterse a ninguna autocritica. Debe vencer totalmente, someter o desaparecer. Su poder es su voluntad inquebrantable y su memoria. Su debilidad (al igual que la del comunismo) es que acaba por asquear hasta a sus propios adeptos cuando es aplicado y se impone

Tomado de *El Manifiesto*